



Viaje a través del tiempo

Vale. El viernes. Todas las tardes en este día, a las cinco en punto, hasta las tres, abrimos el espacio de hackeo. Ordena mi hermano porque faltan diecinueve minutos para que arranque la edición de *enguany* y todavía no estan los micrófonos en los pies ni las partituras en los atriles ni hay tapas de aceitunas o frutos secos a lo largo de la barra. Los candiles no están encendidos y el cajón de la caja registradora todavía está abierto. Diligente, me apresuro. Afino el bajo y la guitarra. Reparto posavazos en las mesas. Afino la batería. Ajusto las sillas y retiro todo el material de limpieza. Calibro la mesa de mezclas (he salido al camino y pegué dos voces pidiendo alguien que me toque mientras ecualizo; mi hermano se ha ido con la furgoneta a por leña). Saco las tapas y me habro un zumo de mango. Corrijo el habro anterior y escribo abro en su lugar. Pincho el Hardwired flojito. Me salgo fuera con el vecino. Abrimos la persiana. Nos quedamos en la esquina, fumando. “¿Un ajedrez?”, me propone. “No, que voy a hacer un youtube de redux; ¿te apuntas?””¿Redux?””Si,...”, hago dos pausas, una dramática y la otra existencial, “... el contenedor que predice estados”. Me mira con desubicación. Le *pico el ull*. El abogado Campabavaix asoma el abrigo. Baja de un Mercedes. Rápidamente, le bastan dos pasos, la arena le acrisola los mocasines. “Mira,...”, a mi vecino, “... ya tienes con quien jugar. Y, si me permitis, os voy a sacar el Stauton grande...”, dándole la mano al abogado y volviéndome al interior. “No...”, pide, saludando a mi vecino, “... déjanos el de egipcios contra romanos”. Entramos.

Vale. Suena la alarma. Se enciende (knx) el piloto de la cabina. Luz roja: no molestar, en el aire. Me apresuro a entrar. Hay, en el IRC, exactamente cero personas.

Escribo: teatro-de-humo-acomodador “dar butaca”...

Esto mismo que hice, y que me asignó una butaca (amén de un enlace a un canal de streaming), en los siguientes minutos, lo hicieron varios más. El espectáculo, multimedia, sobre redux, comienza. Abróchense sus cinturones.

“Al principio es una consola. Una terminal. El parpadeo de un cursor. Esa, la posibilidad de introducir (vía teclado, desde fuera a dentro, o, vía stdOut, desde dentro a fuera; una misma dirección, dos sentidos, de un cono de luz), es una potencia muy similar a la que se incrive en el párrafo inicial del Génesis bíblico y que se narra así: “Hágase la luz”. Quedará bien para un relato de divulgación informática iniciarlo explicando qué es esta potencia y cómo el humano insufla aliento en el barro lanzándole axiomas, premisas y sustancias a través del *stdIn*. Para la máquina anterior a la reflexividad, esto era poco menos que un acto teológico totalmente exotérico.

En los lenguajes que no distinguen entre tiempo de ejecución y tiempo de compilación (como las distintas variantes de Lisp), no hay diferencia entre compilación o interpretación de código y reflexión.

El tiempo de ejecución en que se despertaron estas rutinas programadas era uno totalmente distinto, ex-nihilo, al también de “programación o diseño” en que era construidas. Sin embargo, tras la posibilidad de usar **técnicas de reflexión**, esto es: el “tiempo de ejecución” puede diseñar y programar, la vida cobra interés en la copia artificial que los humanos de los últimos siglos vienen alimentando de silicio, coltán y plástico; tanto interés como para iniciar en ella su proceso de réplica y evolución.

Si bien abundaríamos briznas de spaguetti, hilos interminables de funciones y cierres de clase atravesando una época etérea en que no se compilaban las webapps, con la llegada de ES6, Typescript, interpretando, y, webpack o similares, empaquetando, al final, tras las primeras brumas de ese código no compilado, aquí, en el cielo (habla un *fullstack*, que, para este artículo, de cara al usuario (¡y a la lírica!) pone en modo *frontend*), todo toma cariz similar a como es abajo. Cuestión ya abordada.”

En la pantalla hemos visto este discurso que oíamos en la voz del maestro. Los enlaces hipervinculados daban la imagen a la palabra. Me toca.

Una luz en el techo me hace el cono y el bot acomodador me informa que mi pantalla y mi micrófono están en el aire. A través del cristal, en la cabina, veo como se va llenando el espacio. Mi hermano llegó y la chimenea va haciendo chispas todavía sin prender. Tengo treinta minutos... Let’s do this!.*

* Devin Townsend Project – Supercrush – Live at Tuska Open Air Metal Festival

junio 1, 2019 Encargado del contenido online de la nonata editorial e-Artesanía Editar



← Thinkers vs Artificers

Responder

Introduce aquí tu comentario...



Buscar ...

- Archivos
- junio 2019
 - mayo 2019